

relatos precarios

Cuerpo cuerpo el cuerpo

Posiciones precarizadas en lo simbólico dominante se corresponden con posiciones precarizadas en las relaciones laborales

Cuando la voz es cuerpo, cuando el sueño es cuerpo, cuando el trabajo se concreta en el cuerpo. mi sistema se pone nervioso. precariedad filtrándose. reajustando el cuerpo conforme al presupuesto. cuerpo como lugar de resistencia, espacio de negociación,

la gramática dolorosa del trabajo, gramática, incorporada, la ranura del cajero es una más de mis fisuras, y es desconfiada. tiempo y dinero se confunden. cierro los ojos en el metro y escucho la fábrica.

mi sistema está nervioso,

diferencia como carencia/la diferencia como carencia/

cuerpo no normativo / cuerpo en precario / la precariedad declinando jerarquías.



La vida en 30 m²

El comienzo de mi vida asalariada tuvo lugar en la Argentina de inicio de los años ochenta, en el sector bancario, con una jornada de siete horas, vacaciones y pagas extras. Eran los últimos años del gobierno militar y de la primera huelga contra aquella dictadura. Después vendría la guerra de Malvinas, y todos esos chicos de mi generación muertos. Recuerdo mi primer encuentro con las Madres de la Plaza de Mayo camino al trabajo. Empezaba diciembre, ellas y la poca gente que las acompañaban estaban rodeadas de policías furiosamente armados, pertrechados tras sus cascos y montados a caballo. Habían sido arrinconadas en una de las calles laterales a la Plaza. Era la Marcha de la Resistencia. La angustia me pesaba en el pecho. Sin saber muy bien que se jugaba en ese escenario, intuí en mi cuerpo el espanto. Veinte años después, sé que ese horror es uno de los elementos constitutivos de mi subjetividad.

En aquel momento el trabajo era el instrumento, la herramienta que me permitía sostener esas otras cosas que de verdad me interesaban: la carrera, los viajes, las salidas, los amigos, el alquiler de un espacio propio... El tiempo del trabajo y el tiempo de la vida estaban claramente delimitados. Gran parte de ese tiempo otro lo consumía asistiendo a clases en la facultad, de 6 de la tarde a 11 de la noche. Incontables fines de semana de mis veinte transcurrieron estudiando y preparando exámenes con compañeros que paulatinamente se transformaron en mi otra familia.

De la escuela al trabajo, del barrio a la universidad. Mi conversión en trabajadora asalariada me subió a un tren que me llevaba a sólo 20 kilómetros de casa, pero que inauguró un camino en el que fui construyendo una realidad que no me estaba destinada, que no figuraba en las estadísticas. El trabajo me abría la puerta de una nueva ciudad: Buenos Aires. Pocos años después dejé para siempre el barrio de inmigrantes españoles e italianos de la zona sur de los suburbios donde había crecido para vivir sola en la capital. Fue esa la primera emigración, la más radical, difícil y definitiva.

El ingreso al mercado laboral supuso también mi iniciación en la militancia política y sindical. El trabajar como cajera en uno de los bancos privados más poderosos me permitió asistir en primera línea a los piquetes de huelga, a las asambleas de trabajadores, a la algarabía de los militantes sindicales convocando a la huelga, con bombos y redoblantes, trepados en los mostradores, desgranado discursos altavoz en mano. Nosotras éramos más de cincuenta, todas mujeres y muy muy jóvenes. Fue precisamente el contacto con el mundo del trabajo y mi posterior activismo sindical lo que luego me impulsó a estudiar sociología. Quería entender y aprehender el mundo que bullía a mi alrededor. En la facultad descubrí la historia de un país que ignoraba. El encuentro con gente que volvía

del exilio me abrió los ojos y la cabeza a un mundo silenciado. Un año después dejé de participar en el sindicato y en el partido político al que estaba afiliada. Habían pasado tres años desde la *vuelta a la democracia* y toda la euforia y las expectativas pre- se habían desmoronado. Se estaban cerrando los tiempos de las grandes movilizaciones hegemónicas por los partidos políticos. Fue aquella la antesala de un largo período de desmoralización, atomización y apatía generalizada.

Podría decirse que mi primera socialización laboral transcurrió en el marco de una forma de organización del trabajo que ya entonces estaba en vías de extinción. Después de renunciar al banco, mis trabajos fueron más inestables y temporales, las condiciones de vida, más precarias. Entonces pensaba que era una elección, hoy no estoy tan segura. Terminar la facultad era el objetivo primordial y todo lo demás giraba en torno a eso.

Los primeros noventa me encontraron llegando a España. La posesión de un pasaporte comunitario no me eximió de iniciar la deriva por el mercado laboral español en el espacio doméstico. Durante dos años cuidé niños, actividad que luego compaginé con el trabajo de recepcionista en una clínica dental, y a la que más adelante se sumaron unas prácticas no rentadas (*becaria* era el eufemismo) en una organización no gubernamental. Para homologar el título universitario, el Ministerio de Educación consideró que debía examinarme en demografía, antropología y teoría sociológica. Dictamen difícil de entender desde el marco estrictamente académico, si se tiene en cuenta que, en la facultad de ciencias políticas y sociología de la UCM, demografía y antropología son optativas y que las teorías sociológicas obligatorias en el programa de sociología de la Universidad de Buenos Aires son muchas más que las requeridas y ofrecidas por la Complutense. Una vez obtenida la homologación comencé los cursos de doctorado dirigidos a la elaboración de una tesis que aún no termino. En esta tesitura, cubrir las necesidades materiales (casa y comida) eran lo primero.

A principios del año 2000, cambié un trabajo *seguro*, mal pagado y mediocre por un contrato para una estancia de investigación de seis meses en Amsterdam. A la vuelta, en Madrid, me esperaba el seguro de desempleo. Desde entonces me he convertido en lo que muy elegantemente algunos denominan investigadora *free lance*. Considero más acertado el término trabajadora precaria: no tengo contrato sino facturas o becas, por las que no se realizan aportes a la seguridad social ni se tiene derecho al desempleo. Cada tanto tengo que darme de alta como autónoma por lo que todos estos gastos van por mi cuenta. En un mismo día de trabajo puedo hacer cosas para tres o cuatro proyectos diferentes, atenazada por la sensación de no hacer nada en profundidad. Privilegiada observadora del proceso de externalización y privatización de la enseñanza universitaria, doy clases en distintos cursos de postgrado universitario, pero no tengo plaza en ninguna universidad. Muchas de las actividades que componen mi trabajo (artículos, charlas, seminarios) son *ad honorem*. Los primeros adjetivos que tintinean en mi cabeza son: temporal, inestable, incierto. Pero hay más.

¿Cuáles son las implicaciones de esta forma de organización del trabajo? ¿Cómo afecta a los otros órdenes y desórdenes de la vida? ¿Qué pasa con la subjetividad?

Mi casa es, casi siempre también, lugar de trabajo. Treinta metros cuadrados en donde como, duermo, convivo, festejo, amo, peleo y, además, trabajo. Esto, obviamente, mixtura los tiempos de trabajo remunerado, trabajo doméstico, relaciones sociales, ocio, letargo, diversión y el *dolce far niente* cada vez más escaso. Cualquier día mi vida ve entrelazarse el trabajo frente al ordenador, alternado con la colada, la preparación de la comida o la cena, una escapada al mercado

y la limpieza del baño, por ejemplo. Los mensajes electrónicos de trabajo se confunden con los correos personales. Si los niveles de agobio lo permiten, el tiempo de trabajo también se altera con un entretiem po dedicado al cuerpo propio y ajeno. Ya sé que follar relaja, pero a mí las fechas de entrega me bloquean. Público y privado. ¿Qué era eso?

La dificultad para delimitar tiempo, actividades y espacios se ve también reflejada en la paulatina desaparición del descanso de los domingos, producto de la autogestión de las tareas. Esto tiene su parte buena, de pronto un martes puede convertirse en sábado, pero también conlleva la sensación de que la rueda no se detiene nunca. Y con el tiempo la cuestión se agudiza y hoy ya no sé quién me ha robado mis vacaciones. Si no trabajo, no cobro.

La irrupción de la oficina en casa supone, también, el aporte propio de los medios de producción. El ordenador lo compré yo; a mi cargo corren el pago de internet, el teléfono fijo, el móvil, las fotocopias y las impresiones. Lo mismo pasa con los libros, periódicos, revistas y etcéteras. ¿Es está la autonomía del floreciente trabajo autónomo?

La inestabilidad y dependencia de mi trabajo me obliga a invertir una parte importante de tiempo no remunerado en conseguir trabajo remunerado. Es fundamental no descuidar las relaciones públicas: enviar y contestar correos electrónicos, asistir a comidas y cenas, asesorar y escribir gratis y desplegar gran destreza como *networker*. Después de todo, yo soy la empresaria de mí misma y así es el *marketing*. Mientras tanto, la tesis continúa en espera.

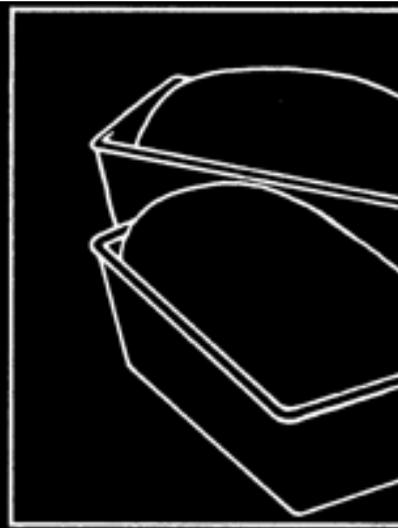
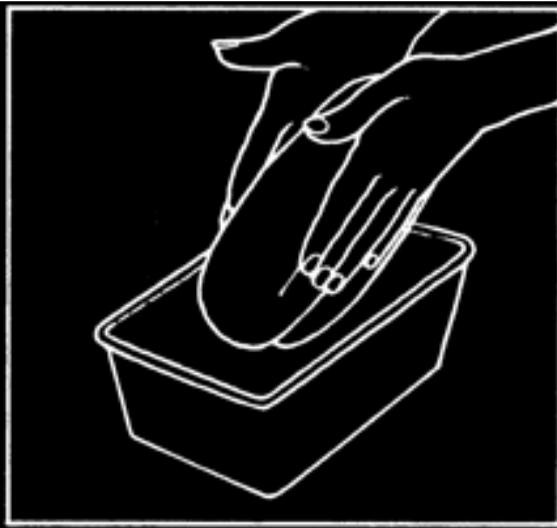
Alguien habló no hace mucho sobre el fin del trabajo. Mi experiencia me dice que, cada vez más, el trabajo lo invade todo. La sensación es que la vida está puesta al servicio del trabajo. Pensemos en la disponibilidad sin límites de horarios y geografías en el correo electrónico. Cómo aislar el tiempo de trabajo si todo convive en el mismo espacio. Y qué se podría decir de las destrezas sociales puestas en juego. Y una trampa más: la profesión. El trabajo, en mi caso, ha dejado de ser instrumento para convertirse en fin por sí mismo. Me gusta lo que hago. En algunos momentos, hasta me apasiona y, así, el trabajo termina ocupando todo y obstaculizando, cuando no coartando, otros posibles. Estoy a favor de la desmistificación del desarrollo profesional, de desvelar sus tramas ocultas. Cuidémonos de la pasión por el trabajo.

Mi precariedad es la vida en treinta metros, la incertidumbre a tres meses vista, la imposibilidad de planificar, el futuro hoy, la adultez que no llega. La maternidad, por ejemplo, que resulta difícil pensarla y elegirla en este contexto.

Mi guerra es contra las fronteras, las fortalezas, los visados Schengen, las ilegalizaciones y los archivos de datos biométricos.

Y mi huelga... ¿Cuál es mi huelga? Pregunta difícil en estos tiempos para esta cabecita fogueada en otras batallas. Depende del momento y de lo que esté en juego. Antes hacer huelga era no ir a trabajar. Ahora que lo pienso, otras veces ha consistido en no planchar, no cocinar o no comprar leche. Hoy mi huelga puede llevarme a disfrutar del sol de un domingo en el Rastro, en protesta conmigo misma por haber olvidado la importancia de los días de guardar.

Sandra Gil Araújo
Buenos Aires, octubre 2003.



Velocidad absurda

Atravesar la barrera del sonido en el espacio/tiempo editorial

Llegué al verano con mala cara, mucho cansancio, el cerebro a mil por hora y la conciencia permanente de cuántas cosas ineludibles que se van quedando aparcadas para más adelante y que te acechan desde los desvanes, altillos y armarios roperos del mundo en equilibrio inestable, preparadas para caerse encima en cualquier momento, probablemente en el que peor te venga.

Era, entonces, «colaboradora» de una renombrada editorial española. No deja de ser curioso en cuántos empleos han dejado de ser necesarios los trabajadores y lo único que se requiere es tu «colaboración», así, como si tú lo hicieras por amor al arte, porque eres tan maja que echas una mano de buen rollo, no porque te paguen. Claro, que pensándolo detenidamente, es bastante deprimente hacerlo porque te pagan... con lo que pagan... Pero sí, amiguitas y amiguitos, yo nunca fui tan buena persona y siempre lo hice porque me pagaban, he de confesarlo. Recogía el encargo (o me tiraba media tarde esperando a que un mensajero me lo trajera a casa, eso según), me pegaba la paliza durante X días corrigiendo una traducción o revisando un libro ya maquetado o (terror) componiendo un índice onomástico o de obras (esos que aparecen al final de los libros y te indican en qué página se nombra a tal persona u obra), entregaba, cobraba y vuelta a empezar. Si tenemos en cuenta dos factores definitivos: (1) que normalmente, aunque no siempre, es cierto, los plazos estaban bastante «ajustados» y (2) que en esos trabajos se cobra, bastante poco por cierto, por obra entregada), entenderemos perfectamente los paréntesis de intensidad laboral a los que está sometida la vida del «colaborador» editorial *freelance*, espectro que incluye a traductores, correctores, revisores de traducción y a esa figura tan poco reconocida del «chapuzas editorial» que lo mismo sirve, como dice mi madre, «pa un roto que pa un dehcosío» (mi madre es de Sevilla, por eso lo dice así). El chapuzas hace de documentalista, de corrector, de redactor, de mecanógrafo..., y es la «afortunada» persona que normalmente compone los tan temidos índices.

Esos paréntesis de intensidad consisten en encerrarse un número indeterminado de días con el libro en cuestión, armada de pilot rojo, marcador fluorescente, lápiz, goma, ordenador, diccionarios de diverso tipo y manuales varios de gramática y estilo, y no salir de allí hasta que has dejado el libro sin una errata. Cuando trabajas en casa, y llamas «casa» a un minúsculo apartamento del centro de Madrid, pueden pasar semanas sin que te rocen el aire ni la luz del sol. Una vez corregido y entregado el libro, la correctora *freelance* (yo) desemboca en otro periodo indeterminado de días de ocio que raramente coincide con el fin



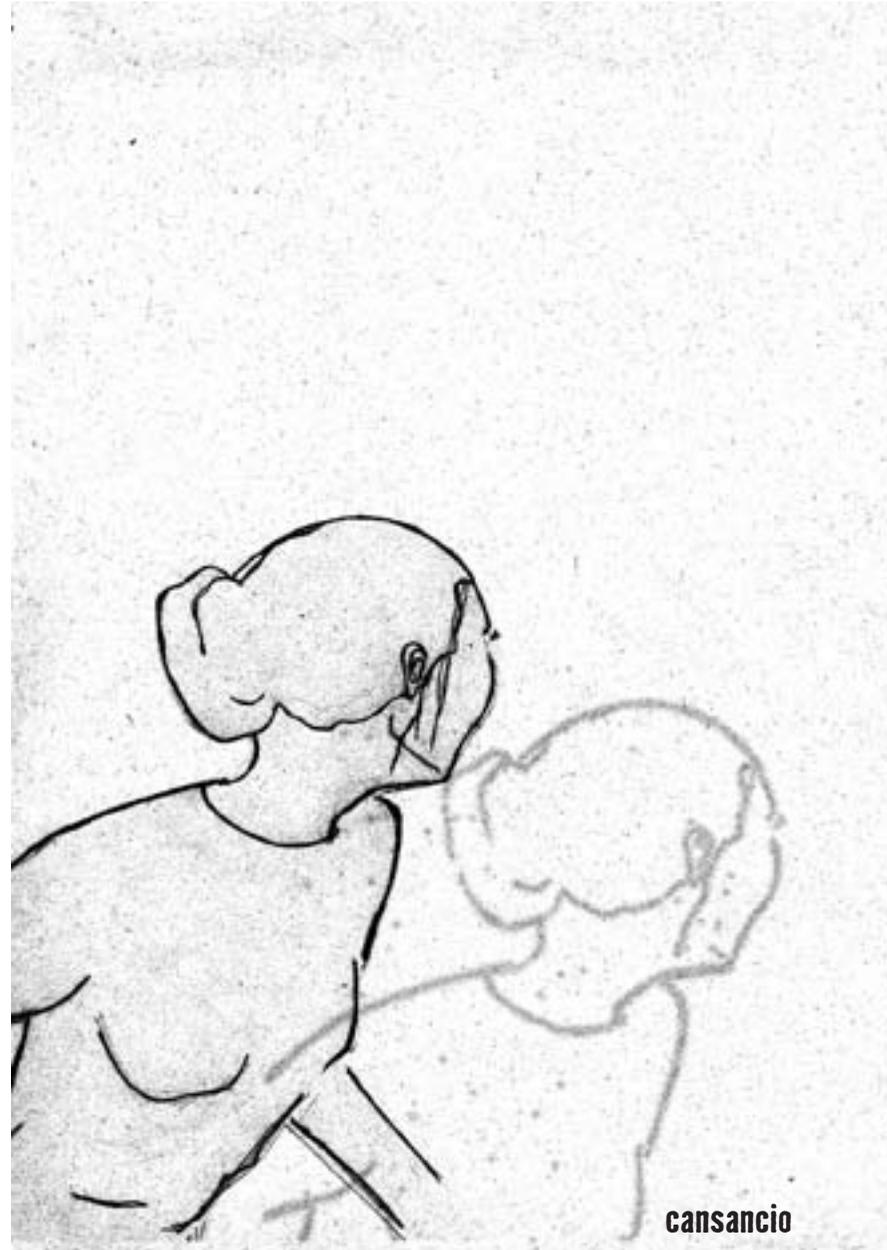
de semana y que casi nunca significa tranquilidad porque, sin transición, hay que poner orden en todo lo que se ha desatendido durante los días de paréntesis intensivo (compra, limpieza, orden, y vida social y afectiva fundamentalmente) y porque nunca, *nunca*, tienes la certeza de no haber cometido un fallo garrafal en este último trabajo y, por lo tanto, de que te vayan a volver a llamar. Resulta curiosa esta mecánica por la que siempre tienes que estar disponible para la editorial. *Ellos* necesitan colaboradores que no fallen en un momento dado, pero *ellos* no pueden asegurarte nunca una continuidad en los encargos y de pronto pasan los meses sin que tengan nada para ti. *Tú* necesitas comer y pagar la factura de la luz (esa manía tan tonta) y, por lo tanto *tú* deberías ser «colaboradora» de más de una editorial a la vez, pero entonces, *tú* no estarás disponible siempre que *ellos* te llamen porque quizás ya tengas trabajo. Evidentemente, *ellos*, su productividad, su ritmo, no pueden permitirse que *tú* digas *No* y espaciarán cada vez más sus llamadas con lo que tú te verás obligada a seguir buscando trabajo en otros lugares, con lo que *ellos* espaciarán cada vez más sus llamadas...

Por otro lado, cuando caes en la tentación y cometes el pecado tres veces mortal de concederte esos días como días de descanso, días para reponerte y tomarte las cosas con calma, ¡zas!, has muerto. El trabajo volverá a lloverte sin avisar, te verás obligada a volver a encerrarte y no tendrás café ni comida (ni cosas de picar, y esto es importante porque cuando trabajas en casa te pasas la vida caminito de la nevera), ni ropa limpia (peligroso, cuando alcanzas el punto de no quitarte el pijama en dos días, todo lo demás es cuesta abajo), ni, y esto es fundamental, tiempo. Y entonces protestará tu madre, tu compañero de piso, protestarán tus amigos, tus amigas, la persona que ejerza en ese momento de pareja, de modo coyuntural o estructural, y sobre todo protestarán fuerte, fuerte tus necesidades y tus deseos vitales de todo tipo.

Bueno, pues en eso consistía mi trabajo, en leer novelas en casa (algunas bastante buenas y otras terriblemente pésimas) y poner en sus páginas distintos tipos de signos y palitos rojos que significan cosas de gran misterio como «sangrar párrafo», «insertar punto y coma», «cambiar mayúsculas por versalitas» o, ese gran clásico, «utilizar comillas angulares», que son éstas que yo estoy utilizando y que, de hecho, utilizan casi todas las editoriales dentro del territorio del Estado español, pero a las que, curiosamente, ningún traductor ni autor debe de verles el interés porque siempre, siempre, *siempre*, utilizan las comillas voladas que son éstas *""*. Dejando aparte las manías propias de la labor de correctora (que sí, claro que desarrollas; y llegas a sostener larguísimas discusiones por la posición de una coma o por un plural *-¿es «posters» o «pósters»?*, y si es «posters», ¿debería mantener la tilde, «pósters» o no?—), y el hecho de que yo crea que las comillas angulares son más estéticas y funcionales; lo cierto es que esta disfunción de las preferencias en cuestión de comillas entre escritores y editores encuentra su solución en mi persona, o más concretamente, en el dedo índice de la mano derecha de mi persona, que es el que dedica gran parte de su tiempo a hacer *clíc clic* sobre el ratón informático con el puntero situado en «reemplazar». La herramienta «reemplazar todos» del word, he de decir, es una de las más grandes amigas de un corrector a la hora de enfrentarse a las temidas comillas voladas *""* y a los guiones cortos -, otro vicio inconfesable de traductores y autores. Es decir, que gran parte de mi trabajo consiste en sustituir una a una las comillas voladas por las angulares y los guiones cortos por largos. Una a una porque no todas necesitan ser reemplazadas. Una a una durante 400 o 500 páginas.

Un pequeño problema añadido es que además de correctora, soy feminista (sí, parte de esa hermosa especie en vías de extinción), lo que quiere decir que, como Mulder, «*I want to believe*». Y no quiero decir que Mulder fuera especialmente feminista, sino que yo quiero creer que este desastroso orden mundial de cosas es transformable, si nos empeñamos colectivamente (pequeña pausa para el proselitismo), en un planeta más compatible con la supervivencia y felicidad de los seres humanos y no-humanos; y que esa transformación tiene algo, si no mucho, que ver con provocar un cortocircuito en los modos en que se están produciendo y reproduciendo, colonizando y recolonizando las subjetividades y las identidades según los patrones operativos de una jerarquía de dominación impregnada de criterios sexistas, racistas, clasistas, imperialistas, heterosexistas y un largo etcétera. (Y me van a perdonar la casi arquetípica relación de «ismos» pero el limitado espacio narrativo obliga a hacer estas cosas tan feas). Y otro pequeño problema añadido es que me espanta la posibilidad de convertirme en esa reciente especie híbrida humano-vegetal llamada «pershongo» que florece en casi todos los sofás situados frente a un televisor que permanezca encendido más de tres cuartos de hora diarios. Sin duda prefiero la hiperactividad a la tele, así que he terminado siendo una verdadera malabarista del tiempo. No en vano insisten en mi casa en que, «en el capitalismo, el tiempo es la sustancia de las relaciones sociales y buena parte de nuestras acciones, actividades, peleas y conflictos remiten, en definitiva, a una lucha por controlar su distribución social (tener tiempo libre, formación, jubilación, etc.); y buena parte de nuestra capacidad de intervención en el mundo (individual y colectiva) pasa por el tipo de vínculo que logramos construir en torno al empleo y este vínculo viene definido por cómo se construye nuestra disponibilidad temporal hacia el mismo...». Ya lo habrán adivinado, vivo con un marxista.

La cuestión es que llegué al verano, que es lo que yo les quería contar, extenuada, con nulos fondos económicos, y con un montón de asuntos pendientes. La Eskalera Karakola, centro social feminista de Madrid, se nos cae y hay que mantenerla en pie con mucho ímpetu pero escasos recursos (y frente a la inestimable «ayuda» de los diversos órganos de gobierno y gestión urbanística del Ayuntamiento



y la Comunidad de Madrid) Traficantes de Sueños, la misma editorial que publica este libro, exige de las personas que participamos en el proyecto un elevado volumen de trabajo ininterrumpido (y poco o nada remunerado) para mantenerse en pie; y el súper de mi barrio requiere un intercambio monetario para permitirme hacer la compra, por más que intento lo del trueque nunca tengo éxito. Karakola, Traficantes, trabajo asalariado. Tiempo, tiempo, tiempo. Poco descanso, nivel de socialización subcero, constantes carreras por mi particular triángulo de las bermudas entre los barrios de Malasaña (mi casa), Lavapiés (Karakola) y la frontera Chueca-Malasaña (Taficantes) y la poco halagüeña perspectiva de que eso se mantenga así durante semanas, meses, tal vez años. ¡Glups!

Uno de los peligros de trabajar de *freelance* es que, en cierto modo, puedes decir que no a algunos trabajos. Sólo en cierto modo, porque el sueldo no da para caprichos. Pero si no tienes grandes gastos puedes, por ejemplo, tomarte diez días en noviembre para irte de vacaciones o (también, por ejemplo) espaciar mucho los trabajos para dedicarle tiempo a lo que quieres sacar adelante: 1) Karakola, 2) Traficantes. Antes de que te des cuenta estás sin blanca.

Espiral frenética arruinada en el triángulo de las bermudas y un calor creciente en el verano madrileño que este año ha alcanzado temperaturas de *Record Guinness*. Así que, cuando ya empezaba a entonar «vivo sin vivir en mí» con un embudo en la cabeza, aparece la posibilidad de un nuevo trabajo que podría abrir perspectivas de mayor ordenación vital, por aquello del horario. *Horreur*: trabajo de fichar, lunes a viernes, de 9:00 a 15:00 y de 17:00 a 19:00, en torno a 700 euros: ni de coña. Ésa fue mi primera reacción. Mi segunda reacción en realidad no fue mía, fue de mi tarjeta bancaria que se reía de mí cada vez que intentaba usarla, de la necesidad de devolver de una vez todo el dinero que debía y del temor a que la tarjeta me acabara pegando una patada en el culo. Así que mi tercera reacción fue prepararme para alcanzar la velocidad de la luz.

En septiembre empecé a trabajar (con un contrato de cinco meses vía INEM, no vayan ustedes a creer) en el departamento de publicaciones de una conocida fundación cultural de rancio abolengo. Sigo trazando signos en rojo en los márgenes de las hojas, pero ahora tengo una ficha (y cada mañana, cuando consigo fichar dentro del horario me dan ganas de ponerme a saltar con los brazos en alto, como Rocky cuando subía todas aquellas escaleras corriendo). Tengo varios jefes, en diversos grados, a los que veo cotidianamente y que aún no consigo identificar muy bien; un horario (que incluye esa incomprensible costumbre española de las horas extra); y me pego unos madrugones de olé. He descubierto, además (aparte de que «Departamento de publicaciones» rima en consonante con «marrones»), la existencia de un curioso fenómeno llamado «cuarto de hora antes» que consiste en que, por sistema, el cuarto de hora antes de terminar la jornada laboral es el momento favorito de los trabajos urgentes para manifestarse. Traducción: mi jornada rara vez termina a las 19:00. Por otro lado, también tengo compañeros de trabajo humanos con los que comunicarme verbalmente (antes las conversaciones más complejas las mantenía a base de ceros y unos con mi ordenador), tengo un ventanal enorme por el que me entra el sol y la obligación de salir de casa aunque sea para llegar hasta el trabajo, con lo que todos los días me da un poco el aire. La sensación de ser capaz de mantener una relación más estable (si bien menos pasional y dada a las sorpresas) con mi cuenta corriente, también es algo que aprecio en cierta medida.

Tengo, también, en mi nuevo trabajo, un pasillo muy inquietante a medio camino entre el de *El Resplandor* y la casa de Boris Vian en *La espuma de los días*. Es un pasillo blanco iluminado desde arriba por luces blancas, con idénticas puertas blancas a los lados y una de color acero en el ascensor al fondo. Algunos días ese pasillo es kilométrico y por más que andes nunca llegas al final, a veces se estrecha y tienes que recorrerlo andando de perfil, a veces es como la M-30 en hora punta, a veces una selva donde se escuchan los rugidos de los leones, a veces son las cuatro de la tarde en agosto y el silencio es plumizo y denso presagiando tormenta, a veces es la antártida desierta y estás completamente sola.

Y a eso me dedico ahora mismo. Intento avanzar algunas tareas pendientes de *Traficantes de Sueños* y de la *Eskalera Karakola* antes de irme a trabajar, durante las horas de la comida muchos días, cuando llego a casa por la tarde y los fines de semana (escribo este relato después de haberme saltado todas las *deadlines* un sábado a las 8:30 de la mañana). Intento no perder el contacto con mis amigas y amigos y mi familia. Intento poder salir a tomarme unas cañas de vez en cuando. Intento descansar. Intento dormir. He dejado de intentar ir a la compra y tener la casa limpia y ordenada. Mi nevera parece una piscina (sólo agua y luz), y echo de menos a *Mary Poppins*, que sólo con chasquear los dedos conseguía guardar los jerséis doblados en el armario y los libros en sus estantes. (Y las pilas de platos fregadas y secas, y el aspirador pasado y los cd's en sus correspondientes cajas y la correspondencia leída, y los emails contestados, y el cuarto de baño... ¡buf!) Intento todas esas cosas y, francamente, no lo consigo.

Tengo una amiga que dice que, una vez que atraviesas la barrera del sonido y alcanzas la hipervelocidad, da la sensación de que todo fluye con menos traqueteos y la inercia te lleva de una cosa a otra casi sin darte cuenta. En mi caso algo ha ido mal, al atravesar la barrera del sonido no he alcanzado la hipervelocidad del *Halcón Milenario* que conducía Han Solo, sino la «velocidad absurda» que alcanzaban en aquella otra peli de parodia de *La guerra de las galaxias*. Y a esta velocidad absurda tradocapitalista, sin duda mi experiencia de la precariedad tiene al dios del tiempo en su centro.

*mona mürr (acelerada),
Madrid, octubre 2003.*



¿doble jornada? prefiero ser una ciborg que una diosa. micropolíticas de la jornada multiplicada

¿Privilegiada? Sí, pero...

Mi deriva, mi precariedad, está sobre todo en mi cabeza y tiene que ver con mis líos y mis contradicciones, con saber que trabajo en lo que me gusta pero, sin embargo, estoy a disgusto con lo que conlleva. No soy una trabajadora sin papeles, tengo contrato (por obra), no sufro abusos de poder claros y, sin embargo, de alguna forma, me siento parte de esa barca a la deriva en el mar de la precariedad.

Trabajo desde hace tres años en una productora de cine que pertenece a una gran empresa audiovisual que, a su vez, es parte de uno de los grupos mediáticos más poderosos de este país. Comencé a trabajar con una beca de «formación» que se fue alargando y alargando, hasta que un día, harta de estar cubriendo un puesto de trabajo, me planté y les dije que o me contrataban o me marchaba. Entonces la gran-empresa-india me dijo que ellos no podían contratar a nadie mientras no llegasen a un acuerdo con el comité de empresa, pero que podían intentar hacerlo a través de una ETT. Contra todos mis principios, admití ser contratada por una ETT mientras se solucionase el proceso. Un año después, con el conflicto ya resuelto, me contrataron por obra (= despido libre). Podría seguir relatando las aventuras y desventuras de mi contrato basura, pero me parece algo tedioso hacerlo y todos sabemos lo que significa un contrato por obra. Prefiero, sin embargo, intentar explicar un poco cuándo empecé a sentirme otra precaria.

Hace más o menos un año, participé en las diversas asambleas de trabajadores con motivo de una inminente reestructuración. Fue allí cuando empecé a ir formándome un juicio más claro de mi situación y la de mis compañeros. Asistí a un proceso que me hizo pasar de la perplejidad al cabreo. Aquellas asambleas, con su lenguaje sindicalista rancio, no eran otra cosa que lloriqueos mendigando más dinero. ¿Era más importante la subida de sueldos que el hecho de que estuviesen despidiendo a gente y externalizando muchos departamentos? Todo aquello era un «sálvese quien pueda». No hubo ningún tipo de propuesta de movilización. Cuando se habló de la posibilidad de hacer huelga (hablamos de un grupo mediático importante y la repercusión en el exterior hubiese sido muy efectiva), la mayoría no se mostró de acuerdo ni la secundó, porque no querían perder un día de sueldo. Allí nadie discutía sobre las condiciones laborales, todo el revuelo se reducía a un mero asunto económico. El propio comité animaba a la gente a que se acogiese al programa de bajas voluntarias. En fin, un poco el mundo al revés. No sólo no se ponía en cuestión un proceso de reestructuración completamente ilógico (no hubo ningún despido de la junta directiva, ni de los mandos intermedios) sino que además se asumía totalmente el discurso de la empresa.

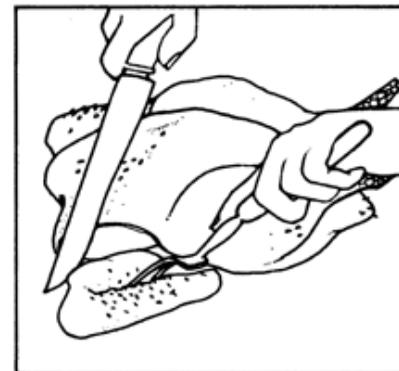
Constaté que la mayor parte de la gente no esperaba que pudiesen salir propuestas de cambio a partir del proceso asambleario que estábamos llevando a cabo.

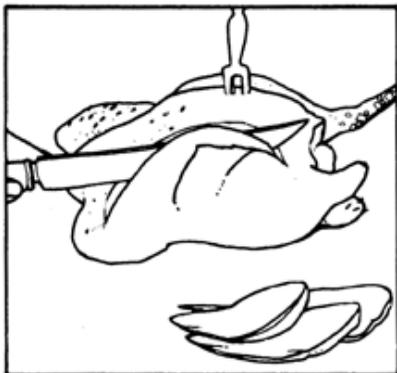
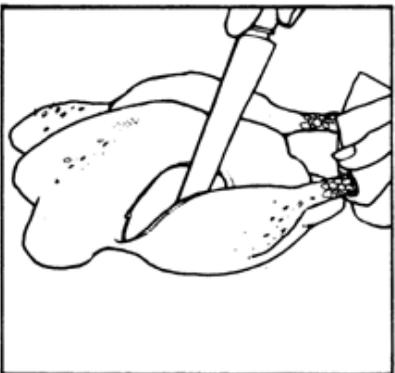
A mí me hubiese gustado hablar de las interminables jornadas laborales, de cómo han organizado la empresa en pequeños departamentos en los que la relación con el jefe es tan estrecha que se acaba confundiendo hacer huelga con hacer una putada a tu jefe (que es muy joven y muy enrollado, pero que considera que *eso de la huelga es un poco sesentayochista de más, y que si tienes algún problema se lo comentas y él te intenta echar un cable, estudiando el caso de forma específica*), del peligro de que nos externalicen y acabes trabajando más, por menos y con mucho más riesgo, de cómo siento que me están exprimiendo mis años de mayor creatividad y disponibilidad para darme la patada cuando ya no rinda o me quede obsoleta. El mundo del audiovisual es así, todos somos progres, pero estamos allí para ganar dinero y ser divertidos, que los años de lucha obrera ya pasaron. Pronto olvidas que estás trabajando demasiado y comienza el vértigo a dejar de hacerlo, empiezas a ser víctima del síndrome de Estocolmo y te sientes culpable el día que sales pronto. El trabajo se acaba desnaturalizando completamente. Así que el único futuro concebible es seguir rindiendo a tope, ganando más (y consumiendo más, claro está) a cambio de renunciar a tu vida personal y con la presión de «pasarte de moda». Es un poco la vida del *yuppy* con vaqueros y camiseta moderna. Sabes que tienes fecha de caducidad, pero estás con tanto trabajo que ni siquiera tienes tiempo para planteártelo (excepto en vacaciones, por eso no suelen dejarte que cojas más de dos semanas seguidas).

Otra cuestión «tabú» es el tema del género. No puedo hablar de una discriminación abierta, pero lo cierto es que la mayoría de los altos cargos están cubiertos por hombres. En las reuniones en las que he participado tienes que hacer uso de tus pulmones si quieres ser oída y, si quieres que te respeten, tienes que desprestigiar a tu compañero con elegancia e ironía y saber encajar las bromas sobre ti (no sólo sobre tu trabajo). En definitiva, entrar en el juego de «a ver quién la tiene más grande». Muchas de mis compañeras que tienen hijos viven con la doble angustia de no tener tiempo para sus niños y de no estar rindiendo al mismo nivel que antes de tenerlos. Parece que hay que demostrar que tu familia no afecta a tu trabajo. No imagino poder tener una familia y seguir con este trabajo.

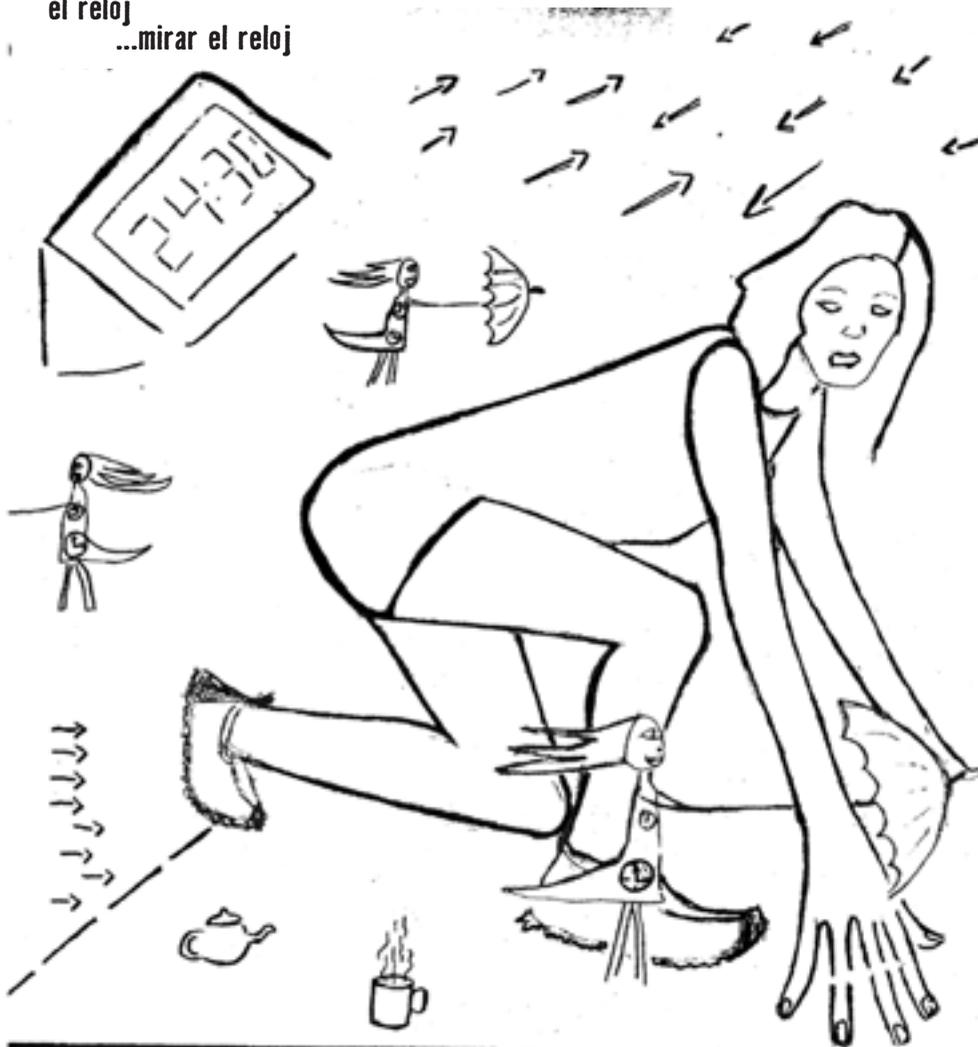
Lo cierto es que a mí me gustaría poder seguir con este trabajo y sueño con encontrar la fórmula que además me permita tener un poco de vida para poder sentirme más persona. Aprender a poder expresarme sin tener que adoptar determinados comportamientos masculinos y saber que mi trabajo tiene sentido para mí y para los demás. Igual un día podemos encontrar la fórmula que nos permita llevar el trabajo de forma más humana. ¿Alguna sugerencia?

Carolina,





el reloj
...mirar el reloj



lucha contra las inclemencias del tiempo
el despertador que de pequeña me hicieron comer a cucharadas
tic-tac

Algunas imágenes de las precariedades en el mundo de la comunicación

1. De tres mujeres que estudiaron Periodismo y andan ahora por las fronteras de los movedizos campos de lo mediático.

[Panorámica periférica]

Muchas veces nos hemos preguntado por qué, entre todas las carreras posibles, acabamos escogiendo periodismo. Quizás fue porque existe una idea romántica e idealizada de la profesión, a la que ha contribuido bastante la mitología del cine (antes incluso de que llegara José Coronado y su redacción de ciencia ficción): el corresponsal de guerra, el aventurero, el guardián de las libertades que se enfrenta a la corrupción a lo Watergate, etc., personajes intrépidos que pueblan tantas películas y el imaginario colectivo. Nosotras también tuvimos cierta visión heroica de la labor cívica del Periodismo, con letra mayúscula, asentada en aquello de «la información os hará libres». Llegamos a creer que si la gente estaba bien informada, tendría mayor capacidad de decisión; que podríamos concienciarles si dábamos a conocer la «verdad»... Así que, de modo algo inconsciente, desembarcamos en ese búnker gris que es, en Madrid, la facultad de ciencias de la información de la complutense (con letras minúsculas).

Como en casi todas las carreras, el desencanto llegó pronto, pues lo que nos encontramos no cumplía nuestras expectativas ni en la teoría ni en la práctica, y lo que empezamos a ver que se podía hacer después, una vez terminada la carrera, era todavía peor. Las ilusiones no duraron mucho, aunque siempre quedan aquellos estoicos que quieren presentar los Cuarenta Principales o retransmitir un Barça-Madrid, un quehacer para el que se preparan cuidadosamente durante cinco años.

Pasamos del entusiasmo al desconcierto, para acabar sumidas en la decepción y el rechazo totales. Nos enseñaban un poco de todo y nada de nada. En esta carrera la desidia alcanza a profesoras y alumnas en un escalofriante proceso de retroalimentación, de modo que es difícil acordarse de quién tiró la toalla primero. Casi nadie escucha a nadie. Poco a poco se va perdiendo la capacidad de trabajar, leer, analizar, escribir, etc., ya que se reacciona ante la estafa con la ley del mínimo esfuerzo. Se acaba cultivando el escaqueo, el plagio y la competitividad bajo el lema del «sálvese quien pueda».

Años después retomáramos el interés por la comunicación. Pero en la carrera nunca (o casi nunca) nos hablaron de las teorías más interesantes en este ámbito, tampoco nos dieron los conocimientos técnicos requeridos para trabajar en cualquier medio. Lo último genera bastante inseguridad, porque sientes que ni siquiera tienes una destreza práctica que te vaya a ser útil.

Esto nos hace pensar sobre el tipo de trabajadora/persona que acaba formando esta carrera: alguien extremadamente adaptable, capaz de aguantar cualquier cosa (hasta diez horas seguidas escuchando estupideces), alguien hiper-flexible, sin herramientas reales de trabajo y con una capacidad de producción carente de contenido (nuestro estúpido plan de estudios contaba con una media de 15 asignaturas anuales y un verdadero maratón de trabajos y exámenes).

Muchas buscaron fuera lo que no encontraban en la universidad. La falta de prácticas en la carrera se convierte en un mecanismo perverso: acabas buscando en una empresa lo que no te proporcionan en la facultad, pero en vez de en forma de clases, lo recibes como un trabajo mal o no pagado. Todo un invento para las empresas: se ahorran tener que contratar a un periodista y lo suplen con becarios o estudiantes en prácticas que les salen mucho más baratos y menos problemáticos. Además, es un sistema que nunca se agota: cada año hay nuevos estudiantes dispuestos a aguantar cualquier condición laboral. En definitiva, nos van preparando para la precariedad que nos espera. Nosotras hicimos algunas prácticas, en radio sobre todo, por la presión social que te lleva a pensar que, si no las haces, no encontrarás trabajo en tu vida. Sin embargo, fuimos un poco a nuestro aire y hasta lo pasamos bien, porque lo que hicimos no correspondía a un periodismo sujeto a la tiranía de la actualidad. Cuando vemos a las (pocas) compañeras que han «llegado lejos» en esto del periodismo, nos damos cuenta de que hay que tenerlo muy claro desde el principio y estar dispuesta a sacrificar muchas cosas (vacaciones, tiempo libre...). Cosa que nosotras no hicimos, o no estábamos dispuestas a hacer.

Todos estos cuestionamientos nos llevaron a participar en asambleas, asociaciones, charlas, debates y a encontrarnos con personas con otras iniciativas e inquietudes. Al final la universidad, para nosotras, supuso un aprendizaje político-cultural muy instructivo. Fuera de las aulas, claro.

El fabuloso mundo del trabajo en medios

«Resume en 30 segundos (de radio) la tregua de ETA». Éste es uno de los fascinantes retos con los que nos encontramos en nuestra breve experiencia periodística. Claro, ante eso y cuando una todavía no está muy maleada por la profesión, no puedes sino sentirte frustrada. Te das cuenta de que son los propios mecanismos del medio, sus pautas espacio-temporales, las que te hacen simplificar todo lo que intentas contar. Que la pobreza y la falta de profundidad de la información no viene, en muchos casos, de una intencionalidad manifiesta, sino de las propias rutinas periodísticas, más allá de ideologías. Te acabas sintiendo fatal. No tienes tiempo para preparar lo que vas a contar, para documentarte y para consultar fuentes, dispones de poco espacio/tiempo para hablar de cualquier hecho o acontecimiento...

Algunas huimos a otros trabajos que nada tienen que ver con el periodismo: podríamos hacer un recuento extenso de compañeras que han acabado en los empleos más variados: técnicas de luces y de sonido, camareras, teleoperadoras, profesoras, aspirantes a funcionarias, etc.

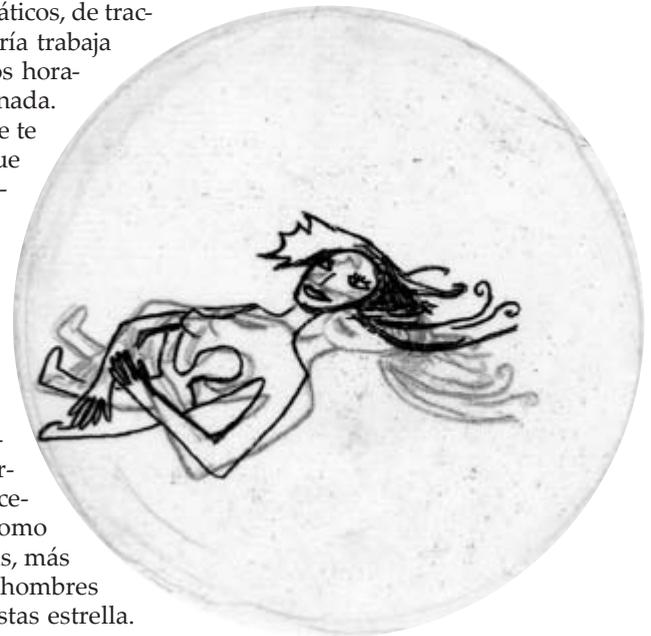
Las que se quedan sienten que producen información como si se tratara de sillas o tornillos en vez de relatos que dan sentido a lo que pasa. Y surge la disyuntiva que crea no pocos conflictos: ¿cómo voy a hacer esto? Si quiero hacerlo bien, tengo que dedicarle muchas más horas (te llevas el trabajo a casa: tienes que consultar más fuentes, necesitas más tiempo, etc.); si no, puedes optar por hacerlo como quieren, acabar dando una visión tendenciosa y acrítica, recurrir al «corta y pega», a copiar los teletipos... algo muchas veces que acaba volviéndose inevitable dada la falta de tiempo. Y es que el periodismo se acaba convirtiendo en un empleo que invade tu tiempo de no trabajo: las preocupaciones, los agobios (por no hablar de las horas extra...). Es un trabajo que no se deja aparcado en la oficina fácilmente, porque tienes que poner tus afectos, tus intereses, tus experiencias a trabajar.

Por no hablar de las delicias de trabajar bajo tanta presión, con tanto estrés. Todo se acaba reduciendo a lo productiva que seas. «¿Cuántas noticias puedes escribir al día?»: ésta pregunta se la hicieron a una de nosotras en una entrevista de trabajo y expresa bastante lo que se espera de un periodista. Pensábamos que se valoraban aspectos como tu interés por determinados temas o tu destreza para escribir, pero no: escribe rápido, hazte una breve idea de lo que pasa, resume un teletipo, recoge declaraciones, corta y pega, muévete.

Y ¿cuáles son los trabajos que se encuentran en medios? En nuestro entorno, las amigas que se dedican al periodismo trabajan en glamorosas revistas de ferretería, de neumáticos, de tractores, de ordenadores o en gabinetes de comunicación corporativa. La mayoría trabaja unas diez horas al día (ya se sabe que en esto del periodismo, no existen los horarios...), y llegan a casa a las 8 o las 9, con muy pocas ganas y fuerzas para hacer nada. De alguna manera, un empleo así tiene un lado cómodo: cobras un sueldo que te permite vivir más o menos decentemente, a veces viajas con el trabajo..., aunque parece difícil poder ser feliz de este modo; en realidad, parece difícil ser feliz trabajando en general, tal y como están planteadas las cosas.

El hecho de que seamos mujeres, además, no hace sino *precarizar* precariedades. La mayoría de nuestras amigas cobran menos que nuestros amigos, incluso a veces por debajo del convenio, en determinados medios no quieren contratar a chicas... Asimismo, se te exige una determinada imagen como mujer, la consabida «buena presencia», presente ya en cualquier oferta de trabajo; a veces importa más tu imagen que lo que seas capaz de hacer.

También vemos que el periodismo está invadido por numerosas divisiones de género, derivadas de la clásica separación entre el espacio público reservado a los hombres y el privado reservado a las mujeres. Por ejemplo, la parcelación temática: las chicas trabajan sobre todo en secciones «feminizadas», como sociedad, cultura, los *magazines* y suplementos de fin de semana, frente a otras, más «masculinas» y «serias», como internacional, economía, nacional, etc. Los hombres son los que suelen tener una presencia pública más importante, los periodistas estrella.



Conocemos muchos casos en los que el trabajo del estrella, que es el que da las noticias y hace las entrevistas, depende de un trabajo invisible que hacen las mujeres (que son las que recaban la información, las que muchas veces redactan las noticias, etc.). También es a hombres a los que se recurre cuando tiene que hablar un «experto» sobre un tema; cosa que ocurre incluso en los medios más alternativos. Otros campos como la fotografía son territorio exclusivo de hombres (quizás por eso de que es un trabajo más «técnico» o tecnológico, y porque exige una movilidad y una flexibilidad que muchas veces las mujeres no nos podemos permitir).

Nuestra reconciliación con los medios de comunicación viene con la posibilidad de proponer trabajos propios y participar en proyectos con dinámicas y modos de organización diferentes que han ido creciendo en lo local y lo global (Molotov, Indymedia, radios libres...). Te satisface tener una relación con lo que produces, tener capacidad de gestionar tu tiempo y de organizar tu trabajo, y no sentir que lo que produces es algo extraño y ajeno a tí misma, que haces para otros y sobre lo que no tienes ningún control.

Por eso intentamos que el «está todo fatal» no nos supere. Porque podemos organizarnos juntas, poner nuestros saberes y *haceres* al servicio de algo que merezca la pena y que nuestro trabajo sea por fin nuestro. Y en ésas estamos...

Belén Macías, Irene García y Soraya González (Meigas??).

Madrid, octubre 2003.

2. De una locutora de Radio3 recién despedida

[Instantánea]

No me renuevan el contrato.

Hace unos meses, cuando nos reunimos en La Eskalera Karakola para preparar una deriva sobre la precariedad en el trabajo de comunicación, sobre mujeres a la deriva, pensé que a lo mejor yo no debería ser una de las protagonistas. Todo me estaba saliendo bien, había terminado la carrera recientemente y ya presentaba un programa en la radio. De mi promoción no conocía a nadie en una situación tan privilegiada. Yo merecía estar ahí. Me sentía orgullosa.

Ahora vuelvo al punto inicial. Parto de Cero. Estoy desorientada. Cabreada. Humillada. Soy una mujer a la deriva.

Toña.

Madrid, octubre 2003.

3. De una indolente realizadora de audiovisuales

[Barrido]

¿Por qué demonios estudiar imagen? A veces me pregunto qué hago yo metida en este lío, porque no elegí otro campo, un trabajo de educación, que siempre tiene muchas posibilidades, o un curso de montar redes, que está a la última... Si me pongo a pensarlo, la verdad es que no encuentro el rastro, así que desde ahora intentaré reproducir lo que pensaba entonces: creo que decidí estudiar imagen porque me gustaba ese lenguaje y me gustaba la idea de tener cosas que contar, ya fueran íntimas o hipotéticas sobre el mundo.

Me metí en periodismo porque no me daba la nota y después de tantear el posible cambio a la carrera de imagen y sonido y verme ante la perspectiva de seguir cuatro años más en ese sitio, decidí no continuar. Intenté meterme en la escuela de cine, pero el dinero de la matrícula y la culpa que sentía al pensar que me lo tenían que pagar mis padres, hizo que no preparase el examen de ingreso y, evidentemente, no lo aprobé.

¿Qué opción me quedaba para estudiar algo que tuviera que ver con lo audiovisual y no fuera caro? Pues un módulo de FP de grado superior relacionado con audiovisuales. Eché la solicitud y experimenté la incertidumbre durante un par de semanas al hallarme en lista de espera; finalmente conseguí entrar.

La experiencia estuvo muy bien, pero el problema es que aquellas bucólicas ilusiones en seguida se transformaron viendo el enfoque del módulo, que como su nombre bien indica, es eminentemente profesional. Es decir, nos enseñaban a ser lo más productivos posible. De ahí que ahora piense que ya que estaba en ese contexto, quizás tendría que haber elegido otra rama con más salidas, en lugar de la de realización.

Cuando todavía estaba estudiando el módulo, a mí y a otros dos compañeros nos ofrecieron presentarnos a una entrevista para la selección de becas de CANAL SATELITE DIGITAL, unas becas que según recuerdo eran de ocho horas de trabajo, no recuerdo bien la remuneración; el beneficio era la formación y la incorporación a sus listas. Pero, pobre de mí, en esa época aún no era plenamente consciente de la coyuntura del mercado, de que si quieres la «fama» hay que sudar, y fui a la entrevista tan pancha, diciendo que a mí me gustaría trabajar como mucho unas cuatro horitas, que si eso era posible, que encantada, pero que si no, no me interesaba... Y claro, no me llamaron.

Una vez acabado el año y medio de formación, hay que cumplir los tres meses de prácticas correspondientes en una empresa del sector, a elegir según la nota que hayas sacado en el curso. Como yo no quería ir a una gran cadena y la realización no era lo más solicitado, tuve ocasión de elegir más o menos. Entré en una pequeña empresa, digamos familiar, de multimedia, en la que se hacían videos de empresa y bodas de altos ejecutivos. Iba de lunes a viernes, de 10 a 14:30 y de 16 a 19h, si no recuerdo mal, y tenía un día libre al mes para llevar los partes de las prácticas al instituto. Se supone que la chica que estaba trabajando en realización me tenía que ayudar un poco, pero ella tenía mucho trabajo, así que no me hacía mucho caso. Creo que primero estuve

mirando cómo trabajaba ella, para aprender. Luego insistí para que me mandasen hacer cositas, porque si no me aburría horrores, y finalmente, conseguí que me encargaran montar el vídeo de una exposición. Pero para aquel entonces ya había perdido la perspectiva de quedarme en esa empresa (que era el mito de mi escuela: «sales con un trabajo»); así me lo habían dado a entender sutilmente. Así que les propuse que me dejaran ir sólo medio día con la excusa, que por otro lado era cierta, de que estaba trabajando en un puesto de helados.

Aceptaron y fue una auténtica liberación. Así que durante lo que me quedaba de prácticas me dediqué a hacer tranquilamente el vídeo aquel de la exposición, ya sin ninguna perspectiva laboral, sino exclusivamente para aprender todo lo que pudiera del manejo de los programas. Lo que me queda de esos meses de trabajo es un vídeo para el currículum, el perfeccionamiento de mis conocimientos del programa que utilizábamos para editar y algunos programillas que me copié, que ya deben estar desfasados.

Acabadas las prácticas no recuerdo qué hice, pero imagino que inicié la campaña de búsqueda de empleo. Currículum, contactos... Mi principal conflicto siempre ha sido no querer asumir lo de trabajar mucho y cobrar poco. De hecho, mi profesor de montaje, pobre iluso, me ofreció otro trabajo durante el verano: se trataba de aprender a manejar un programa para HACER DEMOSTRACIONES a otras personas para que lo compraran. Paradojas de la vida ¡cómo se parecía aquello a las imágenes de *glamour* cinematográfico que tenía en la cabeza cuando empecé con esto! En fin, no lo cogí.

Así que el paso siguiente fue trabajar de camarera, limpiar en un bar y poner alarmas en el Zara. Y con eso me daba justo para vivir. Bueno, no, antes de decidir buscar curro de cualquier otra cosa tuve una experiencia en una productora de «documentales del mundo». Aquello era bonito: a través de la música desarrollaban reportajes sobre diferentes culturas del mapa. Comparado con ver a ejecutivos bañándose en un jacuzzi en medio de los Alpes suizos, no estaba mal... Ahí empecé en pruebas, pero sin cobrar. El jefe no se fiaba mucho de mí, me tenía mirando cómo montaba su editora profesional y me decía que, antes de contratarme tenía que ver cómo trabajaba, a lo que yo le respondía que si no me dejaba mostrarle cómo lo hacía no lo podía comprobar. Lo que es cierto es que yo nunca me he matado por el trabajo, es decir, cuando llegó la semana santa me fui tranquilamente de vacaciones a Almería sin preocuparme demasiado. La chica que estaba allí me decía que tenía que echarle más horas que así a lo mejor me cogían. Supongo que era cierto, pero a mí me parecía tan absurdo estar cuatro horas viendo cómo montaba ella que no lo podía asumir. Todo terminó un buen día en el que llegué al estudio y me encontré a mi jefe haciendo una selección de montadores/realizadores. Pero no me habían avisado. Así que ya no volví. De esta experiencia absurda, lo único que saqué fue que me dejaron hacer algunas cosillas en un vídeo sobre Cuba y que aparecía en los créditos como auxiliar de montaje. El currículum, siempre el currículum...



En paralelo a todo esto participaba en el grupo de producción audiovisual Deyavi, que empezó a funcionar allá por 2000. Juntos habíamos hecho un documental sobre «los siete días de lucha social», otro sobre software libre, muchos programas para la televisión de Vallecas (TeleK)... En un momento dado, para financiarnos, decidimos hacer *videobooks*. Moviéndome para conseguir contactos para los *videobooks* entré en un sitio en el que ahora trabajo .

Lo primero que me dijeron es que no querían a alguien fijo, sino a una persona para ocasiones especiales. En mi primer acercamiento simplemente me dediqué a aprender a usar el programa: otra cosa para el currículum. Iba casi todos los días, estaba cuatro horitas, iba manejándolo a mi ritmo. De repente un día apareció otra chica, pero como allí nadie nos decía nada, pues ninguna de las dos sabía muy bien quién era la otra. Con el tiempo he sabido que a ella de vez en cuando la llamaban para grabar. El caso es que ella también estaba tanteando lo de quedarse en la empresa de editora. Al principio nos llevábamos bien, lo que aprendíamos nos lo contábamos, pero al poco me di cuenta de que lo que yo estaba haciendo, que era montar una obra de teatro, era un trabajo suyo que ella iba a cobrar. Entonces las relaciones se tensaron: ya no era el jefe el que me quería hacer trabajar gratis, sino mi propia compañera.

Como era habitual en mí, me fui de vacaciones y, al volver, me encontré con un panorama inenarrable. El jefe había caído en una de sus depresiones cíclicas. Me encuentro, además, con que es alcohólico y lleva tiempo tomando antidepresivos. Como no había nada para grabar, la otra chica dejó de ir. Tampoco había trabajo para montar, pero yo seguí yendo y me puse a retocar el vídeo de software libre, aprovechando los equipos que tenían en el estudio. Así seguía aprendiendo y de paso sacábamos el vídeo con mejor calidad. El cuadro era el siguiente: yo montando en el ordenador y a mi lado, tumbado en el suelo durmiendo, un alma errante que era mi jefe. Eso día tras día: recuerdo la luz tenue y el ambiente decadente.

Un día después de decidir que quizás no era normal lo que estaba pasando y aprovechando que a él se le veía algo más despierto, me da por ejercer de psicóloga. Me pongo a hablarle de la vida, de los deseos inspirada en Deleuze, aunque en un Deleuze barato. De repente, le cambia algo en la mirada y me pregunta si vivo sola, luego si tengo novio. En ese momento pienso «¡uy!», intento cambiar de conversación, pero de golpe él me dice «¡el deseo, el deseo!», y salta sobre mí para besarme... Me incorporo bruscamente, le aparto mientras examino las puertas para ver por cuál puedo escapar y le digo que se está equivocando. Pero como le veía fatal, intento hablarlo todo racionalmente... Nada más salir de allí me entra una rabia increíble: ¿por qué se cree este hombre con el derecho a hacerme pasar semejante situación? Al día siguiente le increpo. Él me pide perdón, pero claro, algo ha cambiado.

Después de aquello, seguí yendo al estudio. No me acuerdo qué era lo que me hacía seguir: acabar el vídeo sobre software libre, la posibilidad de conseguir un trabajo... no sé. El caso es que, de repente, un viernes a las 9:30 de la mañana, recibo una llamada suya. Me dice que si puedo ir a hacer unas grabaciones a las 10h. Voy para allá y empiezo una racha buenísima: trabajando entre cuatro y ocho horas, no todos los días, y sacándome unas 12.500 pts. al día. Pero, ¿qué pasa?, que cuando él ya se pone bueno, se me acaba el chollo de cámara: prefiere hacerlo él directamente y no tener que pagar a alguien. Es lo que tienen estos trabajos, que la inestabilidad de alguna manera se paga.

Otro día me viene diciendo que tenía un trabajo previsto para mí, pero que finalmente había considerado que dada mi experiencia era demasiado complicado, así que lo iba a realizar su socio. ¿En qué consistiría ese reto profesional? Se trataba de retocar una imagen poco nítida grabada en una tienda de comestibles con la finalidad de reconocer a un ladrón que había atracado el establecimiento. En fin, mi vocación inicial de expresión y comunicación mediante el lenguaje audiovisual iba camino de convertirse en una labor policial. No me podía creer lo que estaba sucediendo.

De todas las vicisitudes que pasé en esta empresa me queda un contacto gracias al que todavía me llegan trabajos de vez en cuando, el conocimiento adquirido de un programa muy bueno y currículum, más currículum...

Pero, claro, los trabajillos que me siguen llegando a través de esta empresa no me dan para vivir. Así que los sigo completando con curros varios (camarera, etc.), y me pongo a buscar más cosillas en el mundo del audiovisual... a mandar currículum, tirar de contactos, consultar *infojobs*, tv local... Y en éstas estoy ahora. Algunas mujeres de Deyavi acabamos de editar un vídeo para el Instituto de Investigaciones Feministas de la Complutense que nos han pagado, pero ha sido algo puntual. Me veo aguantando años de precariedad durante los que ir sembrando hasta conseguir algo mejor, pero un poco llovido del cielo, porque creo que nunca seré capaz de estar cuatro años sin vacaciones por hacer unas prácticas sin cobrar...

Alejandra
Madrid, abril 2003.

Telefonía erótica, dígame

Y ¿qué es eso de la línea erótica? «En principio podría ser interesante», pensé, cuando una amiga que trabajaba en una de esas empresas me preguntó si me apetecía... A su vez, yo le pregunté a mi cuenta bancaria y las dos dijimos que sí, que podría estar bien, así que llamé y concerté una entrevista.

Lo típico, me visto para transmitir un poco de seguridad en mí misma, escojo el currículum apropiado para estos menesteres y me presento en la dirección indicada: Núñez de Balboa 14, un imponente edificio de oficinas y apartamentos llenito de mármol y enredadera interior, donde todo eran «asesorías», «gabinetes de consultores» o similares. ¡Qué sitio!, me digo mientras espero el ascensor que me lleva directa a la oficina 19, una puerta tan normal, y llamo. Me recibe Carmen, encargada de todas las entrevistas y coordinadora de la línea, una mujer enorme, toda de negro, con una voz dura que me empujaba a asentir todo el rato. Y asintiendo entré en su despacho, una de estas habitaciones separada del resto por mamparas de cristal, a la entrada de la casa.

Mientras ojea mi currículum, Carmen me pregunta por qué me interesa este trabajo, cuál es mi disponibilidad, etc., y antes de darme tiempo a contestar ya me está hablando de MEDIAFON S.L. y las características del trabajo en cuestión:

El objetivo de la operadora es que «el llamante» permanezca conectado el mayor tiempo posible; una buena operadora, según Carmen, es capaz de hablar de cualquier tema, de tontear lo necesario, ser pícara o ingenua según lo requiera la ocasión... vaya.

Una buena operadora es versátil, y tiene en la manga varios personajes creíbles y juguetones, que abarcan todas las edades y todos los gustos.

Una buena operadora tiene capacidad de adaptación y cambia rápido de voz y personaje para entrar de nuevo «en juego» cuando un llamante la cuelga...

En definitiva, una buena operadora «conoce bien a los hombres».

Todo esto dicho lentamente, parándose en medio de ciertas frases complicadillas, con su voz profunda, y yo manteniendo el tipo mientras se me revelaba la trampa de este asunto: ellos «creen» durante todo el tiempo que hablan con chicas de la calle, que son monísimas, curiosamente viven en su ciudad o cerca, y tienen gustos parecidos a los suyos... sin sospechar que se trata de «profesionales de la empatía».

Una vez «descrita» la labor, Carmen me enseña el resto de la casa, con su baño, su cocina, todo muy familiar, su sala de reuniones, y una habitación grande donde no dejaba de sonar el teléfono. 12 mesas en forma de U, cada una con su aparato, separadas por mamparas opacas, y una más grande desde donde trabajaban las supervisoras de *mensajería* y *directo*: las dos modalidades de esta empresa. Me lleva a la zona de directo, donde yo trabajaría, y me deja un rato escuchando a las «chicas» del turno de mañana, todas mujeres entre 40 y 60 años que me parecen, más amas de casa o profesoras de Primaria, que hacedoras de fantasías... Trato de pegar la oreja, pero no distingo bien las voces, todas hablan bajito, como muy íntimo, y tan pronto se oyen risas como gemidos...

En teoría, a las nuevas nos forma o bien una operadora más experta o bien la supervisora de turno; en la práctica, nunca hay tiempo y mi formación consistió en escuchar durante media hora conversaciones ajenas.

Finalmente Carmen me entrega las normas de las operadoras y un par de folios con consejos útiles, me recomienda que traiga los «personajes» preparados desde casa y me insiste en que está terminantemente prohibido establecer cualquier tipo de contacto con los llamantes, fuera del trabajo claro, así como dar la dirección y teléfono de la empresa, mencionar que somos operadoras o facilitar información de las compañeras... bajo «pena» de despido.

El caso es que me fui de allí asintiendo, casi convencida de que éste sería un trabajo tan enriquecedor que debía dar las gracias por la oportunidad que me brindaba... y con curiosidad a fin de cuentas.

Y comencé pocos días después; estaba tan nerviosa que hasta me puse mona para ir al curro, convencida de que me daría el tembleque y sería yo la que colgara al primer macho que me jadeara al oído, aunque una vez me abrieron la puerta (una compañera muy maja que me sonrió y me dio la bienvenida) no me dio tiempo de pensar en nada más... La noche comienza grabando un par de «*pseudos*» (personajes desde los que vas a hablar) en la *rueda* («lugar» desde el que se recibe al llamante, que al conectar escucha una suave melodía que da paso a una simpática voz que le da las instrucciones de uso: él también debe grabar un «pseudos» para poder escuchar la grabación que han dejado las «chicas» en línea y después elegir la que más le «seduzca») y mientras espero a que suene el teléfono (que no suene, que no suene), me recomiendan que me pegue a Paloma, una de las «oper» con más maña y experiencia... Habla con un chico de Barna y se supone que ella está masturbándose mientras le cuenta cierta anécdota «real» con un hombre mucho mayor que ella... y mi teléfono suena, ¡horror!, y lo cojo... es un chico de Zaragoza que me cuelga antes de que diga cómo soy, el muy capullo. La situación se repite unas cuantas veces, ¿A esto se refería Carmen cuando me decía que realmente no era necesario hablar de sexo?

Pasé una noche algo esquizofrénica, dividida entre «Ainoa, ¿hablamos?» y «Sara, tu gatita», pasando por «Vanessa, mi chico está durmiendo», «Sally busca a Harry», «Ana, al derecho y al revés», «Bárbara, madurita» o «Mónica, muy morbosa», con más pena que gloria, y acabé hablando con un tal Pedro, de Barcelona, llamante fijo que siempre buscaba chicas nuevas y que sabía a lo que nos dedicábamos. Hablamos durante hora y media (tres conexiones), de su trabajo, de sus hijos, de su casa en la playa y hasta me recomendó lugares que debía visitar en Barcelona, *ciudad en la que yo vivía desde hacía tres meses, estudiando y trabajando en un hospital*, vamos, que me hizo la noche.

En los tiempos muertos, cuando mi teléfono no sonaba o me colgaban rapidito, yo me pegaba a mis nuevas compañeras, tratando de no ser intrusa y cortarles el rollo. Entre lo frustrada que estaba yo y lo buenas que eran ellas, las miraba como diosas del Olimpo, dispuesta a emularlas en todo lo necesario. Lo cierto es que las compañeras resultaron ser mi fuente principal de conocimiento.

Priscila, una mujer ecuatoriana, creo, que venía cada noche desde Rivas Vaciamadrid; vivía con su pareja (que pensaba que Priscila trabajaba limpiando oficinas) y su hijo pequeño, y después de recorrer los anuncios del periódico e ir de un currito malo a otro peor, estaba contenta aquí. Triunfaba, la verdad, con una voz finita y suave, y tenía su par de llamantes fijos, que solo querían hablar con ella, el sueño de toda «oper».

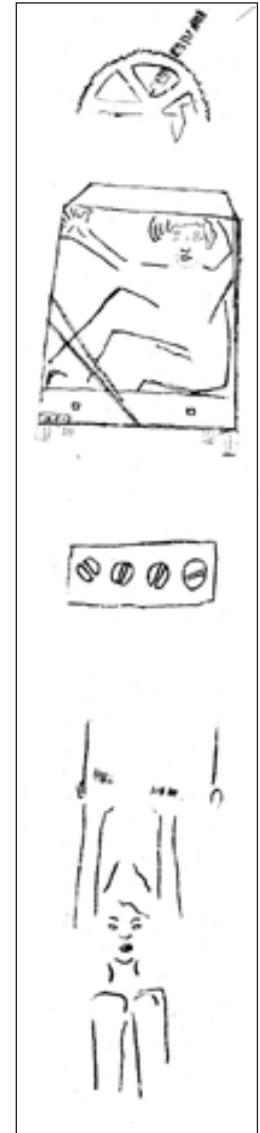
Ángela, una preciosa mujer cubana, licenciada en filología, que vino a España a montar una librería con su pareja y ahora andaba ahorrando para cumplir su sueño. Muy inteligente, les llevaba por donde quería y era la que menos hablaba de sexo; sus conversaciones tenían mucho que ver con literatura, política o filosofía... y la llamaban encantados; si es que todo tiene su erótica.

Nuria, no sé si era de Barna, aunque vivía en Madrid, era la única chica de mi edad, superpunky la tía, y cañera como ninguna; trabajaba muchísimo y tocaba todos los palos, desde niña sumisa a fuerte dominadora. De hecho, ella me inició en la cosa de la dominación telefónica, me prestaba cómics, revistas, me contaba las cosas que más les gustaban a sus sumisos (leyendo me dí cuenta de que esta línea se publicitaba en todo tipo de prensa: desde *El País* o *el Jueves* hasta revistas porno o cómics eróticos, con anuncios más que sugerentes).

Del resto no me acuerdo tan bien, porque supongo que coincidiría menos con ellas, pero en general guardo una sensación muy buena, se dieron momentos encantadores entre nosotras y ellas fueron quienes me enseñaron los trucos más divertidos: como restregar el teléfono contra el pelo fingiendo una masturbación «auricular» o como pasar agua de un vaso a otro haciendo realidad las primeras «lluvias doradas» de muchas de nosotras.

Las «oper» del turno de noche eran más o menos fijas y casi todas llevaban trabajando más de tres meses. Entre semana se contaba con unas 5 operadoras de directo, los fines de semana éramos unas 8. Las supervisoras cambiaban cada semana, en turnos de 7 noches seguidas. El reto de cada noche consistía en alcanzar un 70% de efectividad (tiempo hablado sobre el total trabajado), calculando a partir de la media de efectividad de cada una de las operadoras. Esto es, no era suficiente con que algunas alcanzaran el nivel adecuado, teníamos que llegar todas o fastidiábamos la media de la supervisora. Este punto obligaba a cierto trabajo en equipo. En el turno de noche ésto nunca fue un problema porque unas hablábamos por otras hasta que todas llegábamos al codiciado 70%. En otros turnos fue un motivo de conflicto: no todas las operadoras se conocían (la mañana y la tarde eran turnos más masificados) y muchas veces coincidías con operadoras que nunca habías visto, ¿por qué regalar minutos a una desconocida? Pensarían muchas.

Durante las dos primeras semanas de trabajo anduve perdidísima; los llamantes me colgaban, las supervisoras comenzaban a mirarme mal (por aquello de tener una pardilla entre sus filas) y las compañeras no dejaban de echarme un cable tras otro.



**de armarios y mentiras:
demasiado grandes,
demasiado pequeñas**

Igual de todo se aprende y un día sin saber por qué el tipo no cuelga, incluso repite... poco a poco vas conociendo los códigos y sabiendo qué decir... también poco a poco vas «creando» *personajes* más atractivos.

Mis personajes básicos, desde los que hablaba todo el tiempo, se reducían a cuatro «arquetipos», en los que variaba la voz relativamente poco (mi voz es bastante característica, cambiarla me resulta difícil), aunque sí modificaba el tono o la velocidad al hablar.

Marcela: mexicana (porque no se me da mal el acento), de unos 25 años de edad, morena, ojos negros, 1,58 de altura, 52 kg., está en España con una beca en «artes» y vive en Granada, Barcelona o Madrid, según el llamante. Comparte piso con otras becarias, también chicas alegres que no dudan en hablar con algún amigo simpático de Marcela (aquí las compañeras se tiraban el rollo y se prestaban a la farsa encantadas). Entra en la rueda como «No puedo dormir», «Mi amiga y yo nos aburrimos solas» o cosas así.

Sara: entre 18 y 22 años, la más jovencita de todas. Voz juguetona, un poco ñoña. 1,69, 55 kg, piel blanca y pecosa, ojos verdes, pelo pelirrojo, largo y rizado. Tatuaje en el coxis y piercing incluido por el mismo precio. Entra en la rueda como «Sara, tu gatita» o «¿quieres probar mis juguetes?». Con Sara, así como con Marcela, no tenía llamantes fijos, pero si abarcaba muchos tipos de llamantes, desde «tipos de oficina» (abogados, publicistas que «trabajan mucho»), hasta seguratas nocturnos, pasando por chavales de guardia en el cuartel o divorciados alegres. Lo habitual con ambas eran conexiones completas (30 minutos de conversación aproximadamente), aunque no volvieron a llamar porque estos dos personajes casi nunca se anunciaban buscando contacto. La conversación versaba habitualmente sobre fantasías eróticas o experiencias «reales» algo excepcionales (encuentros en probadores, piscinas públicas, ascensores o autobuses nocturnos).

Noelia: voz natural, 31 años, pelo largo y moreno, ojos castaños, 1,70, 58 kg, la más normalita de todas. Enfermera en pediatría, casi siempre trabaja en el Ramón y Cajal. Entra en la rueda buscando más compañía que contacto, digamos que quiere conocer a alguien especial. Su historia fue la más elaborada, ya que Noelia sí tenía llamantes fijos: a Noelia la abandonó su chico un mes antes de que les dieran el piso que iban a compartir; ella, muy íntegra, pasó el chaparrón y ahora, un poco recuperada de su traumática experiencia, busca conocer gente; elige el teléfono porque tiene problemas en los contactos directos y prefiere charlar antes de dar el paso.

Uno de los llamantes de Noelia fue la relación más parecida a un «romance» que tuve en la línea: Pedro, un guardia civil de Vitoria, llamaba todas las noches que trabajaba desde que nos conocimos, y hablábamos entre 2 y 4 horas por noche... durante unos tres meses. Para él se inventó todo el culebrón... que acabó con la visita de Pedro al mismito hospital, no buscando a Heidi precisamente, cosa que a Cristina, yo misma, le dió un poco de miedo, la verdad... ¿Dónde termina la farsa? ¿Hasta dónde nos creen los llamantes? ¿Y si me encuentra?

Marta: aproximadamente unos 40 años, casada, viuda o divorciada. Voz dura y lenta. Pelo rubio teñido, no especifica peso ni altura. Tiene hijos. Busca relaciones con sumisos y entra en la rueda como «soy tu madrastra», «Marta ¿te atreves?». Antes de iniciar cualquier relación directa busca conocer la piel de la que está hecha su «futura ovejita». Por eso no busca contacto inicial, sino que da consignas por teléfono y queda más tarde con los llamantes para que le cuenten. Marta

envía a los llamantes a ciertas zonas de su ciudad (parques de noche, baños públicos de día) y les pide que realicen intercambios sexuales concretos y que luego se lo cuenten; les viste con la ropa interior de su compañera o les recomienda qué hortaliza pueden introducir en su ano mientras hablan con ella... Yo no sé si lo hacían o no, pero igual llamaban para contar su historia, y a Marta lo que le interesa, como a todas, son los minutos registrados.

Modificando los nombres o ciertos detalles físicos (algunos las prefieren rubias), éstos eran los personajes habituales desde los que conversaba.

Durante esos 5 meses puse toda mi inventiva al servicio de fantasías, sueños y realidades paralelas del todo a la mía ; desde luego, mi vida real no tenía nada que ver con el derroche de erotismo del que todas presumíamos al coger el teléfono y en algo te aumentaba la autoestima saber que llamaba gente buscándote a tí. Supongo que esto era lo que permitía que muchas aguantaran tanto tiempo currando en un ambiente que por lo demás era algo sórdido.

*Patricia,
Madrid, octubre 2003.*

Algunos datos sobre dineros:

Teleoperadoras:

Tarifas: 706 ptas/hora diurna (de 8 a 23h) y 847 ptas/hora nocturna (de 23 a 7h), de 7 a 8 de la mañana la máquina se desconectaba.

Comisión = horas trabajadas - (total minutos hablados x 28) + (minutos mensajes x 30)

Clientes:

Aproximadamente una conexión completa le costaba al cliente unas 5.000 pts. de día y cerca de 3.500 pts. de noche, solamente en las líneas de directo. Calculando que de día trabajaban en directo unas 8 operadoras y de noche 5 ó 6 y restando nuestros sueldos, *no exagero demasiado diciendo que todo era beneficio.*



Belle de jour 2003

*Explicar con palabras de este mundo
que partió de mi un barco llevándome*
A. Pizarnik

Quizás no exista una mejor metáfora de la deriva, en un amplio sentido, aludiendo a la vida entre fugaces sueños de mares y orillas.

Fue una tarde de café con un amigo y con un «¿por qué no aceptas el trabajo, si aquí no hay nada que vender?» empezó la última «aventura» en una precariedad laboral que ya por antigua se pierde en la larga noche de los tiempos.

De la posibilidad de independizarse, siendo estudiante y la búsqueda de un trabajo como medio para permitirse un reducto donde habitar/se y simples cosas como cafés con los amigos, cine y literatura a una deriva continua en los submundos del mercado laboral, existe una barrera imperceptible, con muchos lugares comunes, de aniquilamiento y enajenación.

Disgresiones como reductos donde abandonarse ante el deseo insatisfecho, ante el abismal desfase que opera en el terreno de las expectativas desplegadas y las oportunidades ofrecidas.

Pero... volvamos al «¿por qué no aceptarlo?»

Pasada una gris entrevista de contados minutos, empieza al siguiente día mi «formación» en una de las muchas casas de citas que la empresa posee.

Son días en los que me enfrento a supuestos con los que me puedo encontrar al coger el teléfono (quien llama pregunta por mí, por mi compañera o le comento quiénes somos y qué servicios ofrecemos. Sin que nunca citemos la «palabra», pues es tabú, al igual que el cliente, el precio, etc.)

Después de escasos días, empiezo a trabajar por la noche, con una extensísima jornada de nueve horas y media y como correturnos (cubriendo a aquellas telefonistas que libran en las diferentes casas de citas). Su lado positivo: asomarme a aspectos desconocidos, como el gabinete de sadomasoquismo, con la consecuente información telefónica (algo que en la «formación» no había aparecido, probablemente porque sólo tres casas tienen gabinete). El más interesante: conocer el funcionamiento

de las distintas casas y la diversidad de mundos que las habitan, dentro de los distintos grupos sociales, las mujeres que trabajan en cada una de ellas

Pasados ciertos días de «nocturnidad», trabajo mes y medio en una jornada de tarde, reemplazando a una telefonista de baja, tras lo cual vuelvo a la noche como «titular» de una casa, con el atenuante de una muy baja facturación y, por lo tanto, el deber de elevarla con mis «artes de mujer».

Hoy han pasado ya cinco meses desde aquella pregunta...

Anécdotas aparte, asomarse a este mundo ha supuesto acceder a las entrañas de una empresa de tinte paternalista, en tanto la figura principal, el dueño de las quince casas, es un hombre (el único si quitamos al informático). Pirámide compuesta por el dueño y debajo de éste, la directora, la supervisora, las controladoras o *controllers* (en principio era solamente una, hoy, al escribir este relato, son dos, no sea que escape un céntimo de las cuentas del gran proxeneta), las encargadas de las casas, las telefonistas y, en la base de la montaña, las señoritas (perfectibles de ser pisoteadas al ser el último escalón de una gran cadena de desclasamiento y explotación y cuyo «único aporte» es el plusvalor generado por ese «cuerpo-mercancía»). Por otro lado, está el personal de oficina, contables, publicistas, administrativos y el informático.

Estructura pensada al milímetro de manera tal que genere una suerte de miedos-pleitesías y, ante todo, y lo más significativo, un absoluto aislamiento.

Casas abiertas las veinticuatro horas, con tres turnos de telefonistas (una por turno), cuyo único contacto con la compañera del turno anterior y con la del turno siguiente es el recuento y cierre de caja. Además de una inenarrable reunión de pagos mensual, la cual posibilita la oportunidad de algún tipo de contacto con el resto de las telefonistas que pertenecen a un mismo turno.

En el turno de la noche, la Telefonista es la figura esgrimida que recoge tareas tan dispares como coger el teléfono y dar la información telefónica precisa, recibir a los caballeros (escasas veces se presenta una mujer y en ese caso el estigma se acrecienta: lesbianismo y prostitución, incidiendo hasta duplicar el coste de los servicios), ofrecerles algo de beber, preguntarles si conocen la casa y, en caso afirmativo, si buscan a una señorita en particular, o bien si se les ha informado por teléfono, hacerlo si aún no se ha realizado, presentarles a las señoritas y volver, una vez finalizada la presentación, a conocer su elección y cobrarles. Y no sólo: terminado el servicio, también se les acompaña a la puerta para «verificar» que todo ha marchado bien y que volverán.

Pienso en Buñuel y su *Belle de Jour*...

Pero el número de tareas y su estructura no acaba aquí: los servicios se anotan en papeles triplicados, con los horarios de entrada y salida, habitación, nombre de la señorita, si el caballero es o

no cliente (seguimiento escrupuloso de la fidelización que las señoritas realizan de sus servicios), precios y formas de pago y bebida (se debe matizar que existe un exhaustivo control de ingresos, puesto que la empresa se queda con el cincuenta por ciento del dinero del servicio y no quiere que se le escape ni un céntimo) y paralelamente se incorporan los mismos datos a un sistema informatizado de gestión centralizada.

El aseo y cuidado de la casa, por la noche, también está incluido entre las obligaciones de la telefonista, ya que la señora de la limpieza (una por casa), trabaja en horario de la encargada (durante el día).

Las casas abarcan desde chalets de alto *standing*, con precios medios en torno a doscientos cincuenta euros la hora, por un completo (servicio sin extras), hasta las de nivel medio, que permiten un servicio de media hora a setenta y cinco euros. Además de las 15 casas de citas, hay una casa virtual que dispone de dos páginas *web* con maravillosas fotos y de líneas telefónicas y telefonistas que, para complacer al cliente, recurren al resto de casas en busca de señoritas que se asemenen a las de las fotos colgadas en el ciberespacio.

Las señoritas, último escalón de la pirámide empresarial, el más estigmatizado y expuesto: deben cumplir turnos de ocho horas diarias, con «derecho» a extras (cuando ellas lo piden porque lo necesitan). Luego están aquellas que viven en las casas, cuya jornada es de «veinticuatro horas» de disponibilidad (esto son las normas, en telefonistas y encargada queda la posibilidad de saltarlas...) y un día semanal de libranza. Semeja, en ciertos aspectos, a una empleada de hogar interna.

Llegan a las casas bien por anuncios en el periódico o, frecuentemente, por un boca a boca. Son aceptadas dependiendo del perfil de clientes de la casa a la que acuden y en una relación directa de extracción social-casa-precio del servicio. Pasada una entrevista, y previa fotocopia del documento de identidad, firman su «alta voluntaria».

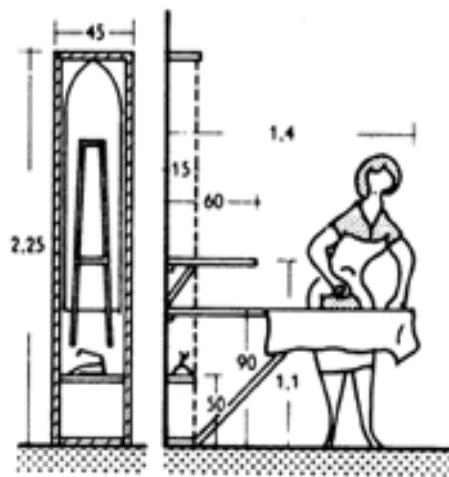
El dinero que reciben (ese cincuenta por ciento) está en relación con la casa en la que trabajan, por lo tanto, con su extracción de clase.

Los motivos para trabajar en la prostitución también se relacionan con esto: en las clases altas, conseguir una autonomía que sustente altos niveles de vida; en el resto, en su mayoría inmigrantes, como único modo de poder ahorrar para regresar a sus países con una situación distinta a la que dejaron atrás, como único medio de sobrellevar las pesadas cargas familiares.

Ciertas veces, esa imperceptible frontera de la subjetivación femenina, que pasa por sentirse deseada para valorarse, provoca que, pasado un tiempo de alejamiento, vuelvan. Sólo ciertas veces.....

Un matiz, olvidado, es que una telefonista no puede ni debe relacionarse con las señoritas. También junto a esos cuerpos-mercancía-plusvalor está mi lucha hoy por hoy, nacida de una mirada infantil de calles nevadas y heladas gastadas por niños de pies desnudos.

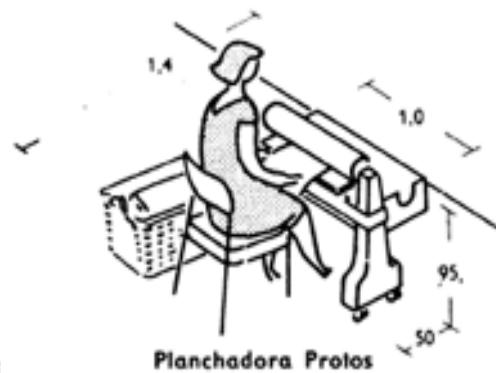
Orfelia Vilsa,
Madrid, noviembre 2003



② Mesa de planchar, rebatible sobre la pared



③ Espacio necesario para planchar sentado



④ Espacio para el servicio de una planchadora eléctrica